

Y se reprodujo luego en la *Biblioteca de escritores venezolanos* de Rojas; en la edición de las *Poesías de Bello*, publicada en París, 1870 (por Rosa y Bouret), y en otra, no menos incorrecta y rica de erratas, que después se ha hecho en Nueva-York. Últimamente se ha reimpresso con más corrección en la monumental edición chilena de las *Obras de Bello*, y en el tomo de sus *Poesías*, que forma parte de esta *Colección de Escritores Castellanos*.

Bello publicó además, en el *Repertorio Americano* (Londres, Bossange, Barthés y Lowell, 1827, tomo III), un artículo muy importante, y doctísimo como suyo, sobre el *Horacio* de Burgos. No es esto decir que yo aplauda sus juicios; al contrario, los encuentro severos, y, en más de una ocasión, injustos. Hace justicia plena al mérito de Burgos como comentador y crítico, pero le escatima toda alabanza como poeta. No le agradan ni el estilo, ni la versificación, ni los metros. Llama *la más bella de sus traducciones* á una de las más insignificantes, la de *Oh Lydia Telephi*, y se encarniza con otra de las más débiles, la del *Aequam memento*. Bien hubiera hecho, sin embargo, Burgos (que tantas correcciones introdujo, no siempre felices, en la segunda edición) en enmendar esta oda y otros pasajes, conforme á los consejos de Bello. Se conoce que éste prefería las insuperables traducciones de

Moratín. Pero ¿qué traducción de Horacio, aunque el mismo Moratín la hubiera hecho toda, dejará de ser una *imperfectísima representación del original*, como dice Bello de la de Burgos? Aplaudamos las dotes poéticas que cada intérprete ha mostrado; y, fija la mente en aquel ideal de perfección poética, al cual ninguno de sus traductores ha de acercarse, consideremos cada rasgo feliz de éstos como un nuevo paso en tan difícil camino, ya que es privilegio de Horacio no poder ser nunca exactamente traducido, y dar, con todo eso, gloria envidiable á algunos de sus traductores. Burgos es, de los nuestros, quien más tiene de esos aciertos, y con ellos bastante para que su libro viva y desafíe los rigores de la crítica más ceñuda.

b) D. José María Morales Marcano, nacido en Cumaná en 1830, ex-ministro del Interior, de Hacienda y de Relaciones extranjerías, elocuente orador y publicista, tiene preparada, años hace, para la estampa, una traducción de las odas de Horacio, fácil y agradable, á juzgar por las muestras que de ella se leen en la *Biblioteca de escritores venezolanos, ordenada con noticias biográficas, por D. José María Rojas, Ministro plenipotenciario de Venezuela en España. Caracas, Rojas, hermano. París, Joulis et Rojas, 1872*. Las odas que allí se insertan son el *Quid dedicatum poscit Apollinem*:

«¿Qué le pides á Apolo
 Hoy, vate, el fausto día
 Que el templo se inaugura
 Que en su honor se dedica?
 ¿Qué demandarle intentas,
 Cuando tu mano pía
 Derrame el licor nuevo
 Con que á estrenar sus sacrosantas aras
 En libación profusa te preparas?

De la feraz Cerdeña
 No las mieses opimas,
 Ni cuantas pingües greyes
 Calabria ardiente cria,
 Ni el oro y los marfiles
 De las comarcas indicas,
 Ni los famosos campos
 Que el taciturno Liris blandamente
 Baña y fecunda en plácida corriente.

Aquel á quien fortuna
 Dióle copiosas viñas,
 En ellas sus calenas
 Podaderas esgrime;
 Y el rico mercadante
 Que á Deidades amigas
 Debe el surcar incólume
 Una vez y otra el temeroso seno
 Del Atlántico piélagos inserto.

Ese en buen hora apure
 Aureas copas henchidas
 De los vinos que cambia
 Per especias en Siria:
 A mí la suave malva,
 La malva salutífera,
 La cicorínea planta,
 La suculenta oliva, con preciado
 Sustento me regalan no envidiado.

De mis logrados bienes
 Gozar en paz cumplida,
 Dios, hijo de Latona,
 Concédeme la dicha;
 Con mi salud lozana,
 Con mis potencias íntegras,
 Que á los seniles años
 Llegar con honra tu poeta aspira,
 Pulsando en tu loor su acorde lira.»

Y el *Beatus ille* :

« ¡ Feliz quien de negocios alejado,
 Cual fué de los mortales
 La gente primitiva.... »

c) Á D. José Luís Ramos, caraqueño, pertenece una traducción de la oda *Ob navis*, en estrofas de las llamadas de Francisco de la Torre:

« ¿Será posible, ¡ oh nave!, que te arrastren
 A la mar nuevas olas? ¡ Ah! ¿Qué intentas?
 Más bien con ancla firme permánece
 Guarecida en el puerto.
 »

Se publicó en *La Entrega Literaria, revista semanal de Literatura, Ciencias y Artes*, de Caracas (20 de Enero de 1883), juntamente con otras versiones de la misma oda (Fr. Luís de León, el Brocense, Espinosa, Almeida, Sánchez Barbero, Olmedo).

d) En el periódico *Ecos de Cúcuta* (15 de Agosto de 1880) se registra una traducción

harto infeliz del *Quem tu Melpomene semel*, firmada por D. Jugo Ramírez, poeta venezolano.

COLOMBIA.

a) El 17 de Febrero de 1789 empezó á publicarse en la capital de Nueva Granada un periódico literario, el primero que hubo en aquellas regiones, con el título de *Correo curioso de Santa Fe de Bogotá*. Sus directores eran D. Jorge Tadeo Lozano, marqués de San Jorge, y D. Luis Eduardo de Azuola.

El número 32, correspondiente al 22 de Setiembre de 1801, contiene una carta que dirigió á los editores *Joseph Tiburcio Lineros, alias el poeta ramplón*. Redúcese á decir que ha traducido la oda de Horacio *Aequam memento*, sólo «por el deseo de instruirse, acompañado del propio conocimiento de la debilidad de sus alcances,» por lo cual pide que, si fuere bien recibido este su primer ensayo, enviará al *Correo* otras traducciones de poetas latinos.

La traducción consta de cinco estrofas como esta, que es la tercera:

« En esos bellos prados,
Donde el álamo blanco y alto pino
Con sus ramas frondosas
Hacen sombra agradable en el camino;
Donde nacen las rosas,
Emblema de deleites poco estables,
Y donde por variables

Círculos se encamina
De un arroyuelo el agua cristalina,
Goza las dichas todas que se dejan
La fortuna, la edad, y las hermanas
Que cortan sin piedad vidas humanas.

b) El ver publicada esta mala versión movió á D. Mariano del Campo Larraondo, presbítero, de la diócesis y provincia de Popayán (murió en edad muy avanzada, por los años de 1856), hombre erudito, de acrisolado gusto, muy dado á escribir versos, aunque ajeno de dotes poéticas, á dirigir á los redactores del *Correo curioso* una carta crítica con reparos al poeta ramplón, y tres traducciones de su cosecha de otras tantas odas de Horacio. La carta es muy notable para aquel tiempo, y bastante á probar que Larraondo era humanista de veras, que sabía teóricamente cómo debe traducirse á los clásicos, y que sentía las más íntimas y escondidas bellezas del estilo de Horacio, cuya oda analiza con delicadeza suma, comparándola rasgo por rasgo con la profanación del anónimo intérprete.

Hay en esta carta excelentes reglas sobre el modo de traducir: «No puede el traductor inventar ó quitar nada según su capricho, sino que está obligado á seguir é imitar, no servilmente, sino de un modo libre y acomodado al carácter y naturaleza del idioma en que traduce. Así, toda la libertad que puede tomarse, se redu-

ce á valerse de rodeos naturales que aclaren más las frases ambiguas ó las expresiones oscuras ó enfáticas, y también de voces que, aunque no tengan la misma energía y extensión, expresen todo lo posible los pensamientos é imágenes; á aplicar alguna vez, pero sin afectación, un epíteto propio y adecuado, que llene su verso, sin variar la sentencia ni oponerse al genio del escritor; y, finalmente, á anteponer, cuando lo pida el caso, la cláusula ó expresión que se halle pospuesta en el original, y que en él es natural y consiguiente, pero que en la traducción aparecería sin la necesaria trabazón y consecuencia.»

Por desgracia, no es lo mismo conocer el arte que practicarle, y Larraondo nos dió mediana muestra de sí en las traducciones de la misma oda *Aequam memento*, y del *Beatus ille*, que acompañan á la citada carta:

- 1.ª «En los arduos sucesos,
Delio amigo, procura
Tener tranquila el alma y sosegada,
Como libre de excesos,
De una alegría necia y destemplada
.....»
- 2.ª «¡Feliz quien sin negocios,
Cual los primeros hombres,
Cultiva con sus bueyes
El campo que heredó de sus mayores.
.....»

El original está bien entendido, y algunos versos son felices; pero el conjunto se resiente de llaneza prosaica.

Ignórase si la carta y las traducciones llegaron á salir en el *Correo curioso*, porque la colección de éste, que se conserva en la Biblioteca de Bogotá, no está completa. Pero el Sr. Caro ha tenido la bondad y la paciencia de copiarlas para mí de dos cuadernos manuscritos, intitulados *Rasgos morales, filosóficos, históricos y políticos, en verso y prosa, compuestos y dedicados á la juventud de Popayán, por el Dr. D. Mariano del Campo Larraondo y Valencia, presbítero*. Aunque en ambos se añade al título general el de *Parte primera*, no son unas mismas todas las piezas que en uno y otro se contienen.

b) D. Miguel Antonio Caro, que con tanta generosidad me ha remitido un tesoro de noticias literarias americanas y de libros de aquella región, ha olvidado, por modestia, ponerse en la lista de los traductores de Horacio. Pero yo debo reparar esta omisión, y advertir que en sus *Poesías....*, impresas en Bogotá, por Foción Mantilla, el año 1866, se lee una valiente traducción del *Qualem ministrum fulminis alitem*, y que inéditas conserva otras del mismo Horacio, y fragmentos de Lucrecio, Catulo, Tibulo y Propertio, que han de formar juntas un libro, cuyo título será *Flos poetarum*.

En *El Iris*, periódico de Bogotá (19 de Octubre de 1867), imprimió el Sr. Caro un estudio sobre *Horacio cantor del campo*. Pero el más importante de los trabajos horacianos del Sr. Caro será su traducción en verso, completa é ilustrada, de las epístolas de Horacio. Las muestras que ha publicado en el *Repertorio Colombiano* (Junio de 1880) y en *El Iris*, es á saber, la epístola 7.^a del libro I (*Quinquè dies*), y la 10.^a (*Urbis amatorem*), reproducen más exactamente que las de Burgos, y con sabor más legítimamente horaciano, aquella mezcla de poesía y de llaneza, aquel sentimiento de la naturaleza rústica y del ocio estudioso, aquella madurez de pensamiento desengañado sin ser amargo, aquel sentido común tan poderoso y tan raro, y, por decirlo todo, aquella placidez y suave contentamiento de la vida, que es el mayor hechizo de las epístolas de Horacio, las cuales, bajo cierto aspecto, son poesías más geniales y propias suyas que las odas, y bien merecen campar por sí solas, sin que la vecindad de aquellas otras más populares composiciones las ofusque ó dañe. Véase una breve muestra de la traducción del Sr. Caro, terminada ya, y próxima á publicarse en la *Biblioteca Clásica*, con amplias notas y comentarios. Los versos que citaremos son de la epístola á Aristio Fusco:

«Que tú guardas el nido,
Mientras yo vuelo y el torrente busco:
Que el torrente me place y su ruido,
Y los riscos de musgo coronados,
Bosques frondosos y mullidos prados.
Rey de mí mismo soy, y en suma vivo,
Libre al sentirme de las duras trabas
De la ciudad, que mágico atractivo
Para ti guarda, y que aturdido alabas.
Como á los sacerdotes el criado
De miel y ofrendas del altar ahito,
Se escapa al fin, de pan necesitado,
Tal dejo la ciudad: pan necesito.
El que una casa edificar procura,
Traza sitio primero:
Sitio debe trazar el que á natura
Procure atemperarse. ¿Cuál empero
Mejor habrá que el campo venturoso?
¿Dónde el invierno es menos riguroso?
El soplo de las auras regalado,
¿Dónde mejor la llama
Del Cancro ó los furores
Del León templa cuando el sol le inflama?
¿Dó el roedor cuidado
Turba menos los sueños? ¿Por ventura
Cederá al pavimento de colores
Campo oloroso que matizan flores?
¿Ó surte en tubos de metal más pura
El agua, que si libre se hace calle,
Encaneciendo, al desgajarse, al valle?»

También ha traducido y publicado el Sr. Caro la fábula del ratón de la ciudad y el ratón campesino, inserta en la sátira 6.^a, libro II de Horacio.

c) El traductor de quien voy á hablar ahora,

es, como tal, inédito, y yo poseo los autógrafos de sus versiones; pero sus poesías originales corren hace tiempo por el mundo, y le acreditan de lírico de extraordinaria originalidad y de portentoso brío, aunque algo caprichoso y excéntrico. Sus versos, no exentos de dureza á veces, pero henchidos siempre de altos pensamientos y de un modo de sentir la vida y la naturaleza hondo, viril y nuevo en nuestra literatura, ora recuerdan á Byron, ora á Leopardi, ora á Longfellow, ora á Cullen Bryant, sin que la semejanza sea nunca imitación, ni deje de sobreponerse á todo la vigorosa y saludable naturaleza del poeta.

Llámase este ingenio americano, tan digno de alta prez, D. Rafael Pombo, y su obra maestra es una oda *A la catarata del Niágara*, ante cuya soberbia inspiración casi palidece la de Heredia.

Puesto el Sr. Pombo á punto de muerte, hará dos años, por una horrible dolencia, de que ya (gracias á Dios) ha convalecido, llegó casualmente á sus manos un ejemplar de *Horacio en España*, quizá el único que había aportado á Santa Fe de Bogotá. Ni yo conocía al Sr. Pombo, ni el Sr. Pombo me conocía á mí, ni aun sabíamos el uno de la existencia del otro; pero el amor á las letras clásicas (decir yo otra cosa sería vanagloria, y, además, no lo creo), vino á

hacernos amigos á tan larga distancia de tierras y de mares. No mi libro, sino el amor á Horacio que hay en mi libro, y el amor á los poetas castellanos del buen tiempo, hizo encontrar al señor Pombo algún solaz en su lectura, y le decidió á entrar en el coro horaciano, traduciendo gran número de odas, cuyos originales autógrafos fué remitiéndome. En el frontis del primer cuaderno escribió este título: «*Doce odas selectas de Horacio, traducidas para presentarlas respetuosamente en prenda de... fraternal simpatía, al autor de Horacio en España.*»

En una advertencia que va al principio de este regalo, dice textualmente: «Originó estas traducciones el deseo de dar una prueba de aprecio y simpatía al Sr. D. M. M. P., autor de *Horacio en España*, aumentando así al mismo tiempo las versiones americanas de Horacio que comunicase á dicho literato mi querido amigo y paisano don Miguel Antonio Caro, el traductor de Virgilio.

» Mi designio no ha sido el hacer traducciones de gusto clásico, ni de laboriosa y esmerada interpretación. No alcanzan allá mi estilo y fuerzas, ni trabajándolas de prisa, las más en cama, atormentado por agudísimos dolores, y para enviarlas por el próximo correo, pueden tener la lima de dicción y el asiento de estilo, que no resulta sino de una revisión posterior, pasado el primer esfuerzo de vaciar en molde

propio ideas ajenas, y de lengua y tiempo extraños.... Mi designio fué el de escoger algunas de las odas del Venusino que fuesen más á propósito para hacer comprender y sentir á los despreciadores de lo clásico (partido numerosísimo en América) algo de lo que Horacio valía. Las formas, pues, debían ser populares en lo posible, como para popularizar al lírico latino é inducir á los lectores á estudiarlo en mejores y más completas fuentes.

»En punto á dicción, traté de dar literalmente la *palabra* de Horacio, siempre que el castellano y el metro lo consintiesen, rompiendo con cierta etiqueta de lenguaje que viene, de siglos atrás, privándonos en ocasiones de expresarnos con la fuerza y verdad que admite nuestro idioma. Tengo para mí, que, de romper esta etiqueta, puede resultar hoy, en manos más diestras que las mías, un buen recurso de frescura y efecto en la expresión. No sé si es á algún manejo de Shakespeare, ó á mi natural anticeremonioso, á lo que debo, también en violación de dicha etiqueta, cierta afición á usar voces ó modos vulgares, cuando los aristocráticos no satisfacen por débiles, ó por ya trillados y rutineros. Profeso el principio de que los poetas deben proponerse, no sólo no dejar degradar el lenguaje usual é inocente, sino también ensancharlo todo lo posible, elevando con buena elección lo vulgar

ó llano que no tiene en lo culto correspondencia enérgica.... Me permití abreviar tal cual rasgo inoportuno ó pesado del original (como el de las *Amazonas* del *Elogio del Druso*), y dislocarlos anteponiéndolos á los más felices, para remate de estrofa; y otras veces, como en la de *Cur me querelis*, aproveché el desahogo del metro para añadir breves incidentes explicativos.»

El traductor que de tal manera se explica, bien prueba, aun al desgaire, lo que vale como filólogo. Conforme yo con él en todo, no ceso de pedir á Dios que aparte de nosotros la plaga del falso clasicismo, de que aquí hasta los mismos románticos adolecieron, y nos deje ver la aurora del clasicismo legítimo y de primera mano, franco y sin retórica ni eufemismos, que ya á todos los pueblos de Europa ha iluminado, y que sólo en España invocamos inútilmente. No florecerá el clasicismo verdadero, expresión la más alta de la perfección artística, mientras no se mate y ahogue en la raíz todo convencionalismo y amaneramiento. La tradición del siglo pasado, aun en los mejores, en los Quintanas y en los Gallegos, es funesta por lo solemne: nos aparta de la comprensión verdadera de la antigüedad, y es necesario emanciparse de ella, á pesar de su elegancia oratoria, y aunque todavía pese sobre nosotros como losa de plomo. Fr. Luís de León fué más clásico que nadie, y sin embargo lla-

maba las cosas por su nombre, por lo cual el cultísimo Lista aconsejaba á sus discípulos que huyesen del *tosco desaliño* del gran poeta de Salamanca. ¡Así salieron ellos! ¡Dios perdone á la escuela sevillana!

Las odas traducidas por D. Rafael Pombo son, por el orden en que él me las remitió:

2.^a, lib. III, *Angustam amici* :

«Quiero, amigos, que en los duros
Ejercicios de la guerra...»

(En romance.)

30.^a, lib. III, *Exegi monumentum* :

«Un monumento me alcé
Más duradero que el bronce...»

(En romance.)

22.^a, del libro I, *Integer vitae* :

«No, Fusco; ni arco ni morisca lanza,
Ni aljaba henchida de herboladas flechas,
Ni arma ninguna necesita el hombre
Íntegro y limpio.»

(Estrofas sáficas.)

31.^a, id., *Quid dedicatum* :

«¿Qué implora de Apolo el vate,
Hoy que su templo dedican?...»

(En romance.)

8.^a, lib. II, *Ulla si juris*:

«Crejera lo que me juras,
Barina, si alguna vez...»

(Redondillas.)

10.^a, id., *Rectius vives*:

«¿Quieres, Licino, ser feliz? No lances
Siempre tu nave en alta mar, ni huyendo...»

(Estrofas sáficas.)

6.^a, lib. III, *Delicta majorum* :

«Romanos, la maldad de vuestros padres,
Aunque no vuestra, pagaréis vosotros...»

(Romance endecasílabo.)

24.^a, lib. III, *Intactis opulentior* :

Merece transcribirse íntegra, y la pondré después.

8.^a, lib. IV, *Donarem pateras*:

«Yo, Censorino, grato á mis íntimos,
Tarjas y bronces con gusto diérais...»

(En asclepiadeos moratinianos, como los que D. Juan Gualberto González empleó en la traducción de la misma oda.)

Epodon, IV, *Lupis et agnis quanta* :

«Si entre cordero y lobo hay pugna eterna,
La misma el hado entre los dos fundó...»

(Romance endecasílabo agudo.)

9.^a, lib. III, *Donèc gratas erant ibi*:

«Cuando era yo tu agrado,
Y en prueba de ello...»

(El autor, siguiendo su genialidad, ha tenido la humorada de traducirla en seguidillas.)

Epodon, XVI, *Altera jam teritur bellis civilibus actas*:

«Una edad más en fraticidas luchas
Ya se está consumiendo; y Roma... aquella...»

(Tiradas de á once versos sueltos, con los dos últimos pareados: combinación nueva, y que junta la regularidad lírica con la soltura descriptiva.)

34.^a, lib. I, *Parcus Deorum cultor* :

« Yo andaba errando por la ciencia impía... »
(Es un soneto.)

Oda 2.^a, lib. II, *Nullus argente* :

« Crispo Salustio, con razón desprecias
Lo que la tierra en su avaricia esconde... »
(Estrofas sáficas.)

3.^a, lib. II, *Aequam memento* :

« Delio, pues hemos de morir, recuerda... »
(Romance endecasílabo.)

16.^a, lib. II, *Otium Divos* :

« Descanso, ¡oh Grosfo!, pide el nauta al cielo... »
(Sáficas.)

18.^a, lib. III, *Faune, Nympharum fugientum amator* :

« Fauno, galán de las esquivas ninfas... »
(Sáficas.)

Epodon, VII, *Quò, quò scelestis ruitis* :

« ¿ Adónde, adónde os despeñáis impíos?... »
(Cuartetos endecasílabos.)

29.^a, lib. III, *Thyrrena regum progenies* :

« Tiempo ha, caro Mecenas, descendiente
De etruscos reyes, que te guardo en casa... »
(Versos sueltos.)

4.^a, lib. IV, *Qualem ministrum fulminis alitem* :

« Como al ave de Júpiter,
Ministra de su rayo,
Que por raptora fiel de Ganímedes
Hizo el rey Dios emperatriz del viento,
Sacan del nido, tierna todavía,
Juvenil osadía
Y el heredado instinto de su aliento. »
(Estrofas líricas.)

17.^a, lib. I, *Cur me quaerelis* :

« Mecenas, sostén mío, gloria mía... »
(En estrofas líricas.)

Epodon, XI, *Beatus ille* :

« Feliz quien lejos del bullicio, y lejos
Del logrero sin leyes... »

(Combinación igual á la que empleó para traducir la misma oda Fr. Luís de León, de quien aprovecha, poniéndolas de bastardilla, algunas expresiones, persuadido, como yo, de que «ese es el traductor modelo, porque lo más importante de una traducción poética no es dar la idea (tarea fácil para un latinista), sino el sentimiento, y nadie en lo clásico siente y hace sentir como aquel hombre privilegiado». Gran verdad y admirablemente dicha).

3.^a, lib. IV, *Quem tu Melpomene semel* :

« Al mortal, á quien tú con blandos ojos
Mirares ¡oh Melpómene! al nacer... »

11.^a, id., *Pindarum quisquis*:

« Todo el que en raptó emulador pretende... »
(Sáficos adónicos.)

15.^a, lib. I, *Pastor cum traheret*:

« Cuando á su huéspedá Helena
El pérfido pastor bello... »
(Romance.)

4.^a, lib. III, *Descende coelo*:

« Baja del cielo ¡ oh reina de las Musas!
Y alza en tu flauta un himno grande y nuevo... »
(Romance endecasílabo.)

18.^a, lib. II, *Non ebur neque aurum*:

« Marfil no brilla en mi casa,
Ni artesonado áureo techo,
Ni frisos de ático mármol,
Sobre húmedas pies de jaspé negro... »

21.^a, lib. I, *Dianam tenerae*:

« Cantad á Diana ¡ oh tiernas vírgenes!... »
(Estrofas de Francisco de la Torre.)

6.^a, lib. IV, *Dive quem proles*:

« ¡ Oh Dios, cuya venganza por su soberbia lengua!... »
(Cuartetos alejandrinos.)

10.^a, lib. I, *Mercuri facunde*:

« Mercurio, de Atlante nieto elocuente... »

26.^a, lib. III, *Vixi puellis*:

« Hice frente en otros días
A rapazuelas y amores... »
(Romance.)

14.^a, lib. I, *Ob navis*:

« ¿ Vuélvente ¡ oh nave! al mar las nuevas olas?... »
(Versos sueltos.)

15.^a, lib. II, *Iam pauca aratro*:

« Pocas yugadas dejarán en breve... »
(Romance endecasílabo.)

5.^a, lib. IV, *Divis orte bonis*:

« ¡ Oh tú, que por los Dioses buenos, fuiste
Al nacer señalado... »
(Estrofas líricas.)

4.^a, lib. I, *Solvitur acris hyems*:

« Fúndese el acre invierno al amor de Favonio y de Flora... »
(Exámetros.)

Épodo xv, *A Neera, Nox erat*:

« Era la noche, y en sereno cielo
Febe reinaba entre inferiores luces... »
(Endecasílabos sueltos.)

6.^a, lib. II, *Septimi Gades*:

« Tú, que hoy á Cádiz con Horacio irías... »
(Estrofas sáficas.)

5.^a, lib. III, *Coelo tonantem*:

« El alto trueno asordador nos hace... »
(Estrofas líricas de á seis versos.)

3.^a, lib. III, *Justum et tenacem*:

« Al varón justo y de ánimo constante... »
(Endecasílabos sueltos.)

29.^a, lib. I, *Icci beatis*:

« ¡ Hoja! ¿ Conque ahora
Los tesoros ánsias...? »
(Romancillo eptasilábico.)

3.^a, lib. I, *Sic te Diva*:

« Así la que en Chipre mantiene
Su alado carro.... »

7.^a, lib. IV, *Diffugere nives*:

« Huyeron las nieves: retorna á los campos la grama.... »
(Exámetros combinados con su hemistiquio.)

25.^a, lib. III, *Quo, me, Bacche*:

« ¡ Oh Baco! ¿ Adónde nos llevas
Ardiendo en ti?... »

9.^a, lib. I, *Vides ut altá*:

« Ve cuál se yergue el Soracte
Con su albo casco de nieve.... »
(Romance.)

Aunque no hubiera producido mi *Horacio en España* más resultado que el de inspirar estas 44 traducciones, tendría por bien empleado el trabajo que puse en él, y por bien aprovechadas mis investigaciones, al parecer áridas é infecundas. Véase, como muestra, el *Intactis opulentior*:

« Aunque más grande tu opulencia fuera
Que la intacta de Arabia ó la del Indo,
Y cubrieran tus fábricas el seno
Del mar Pullo y Tirreno,
Siempre al fijar la eterna ley severa
Su clavó adamantino en lo más alto
De tu mansión, no lograrás por fuerte
Librar tu corazón de sobresalto,
Ni tu vida del lazo de la muerte.
El Geta fiero, el Scita campesino
Que su hogar vagabundo en carros lleva,
Viven mejor: fruto á placer les brindan
Campos que no deslindan;

Ara un año no más cada vecino,
Y otro reemplaza al que rindió su escote:
La inocente mujer en tanto cría
Dulce á su hijastro; y ni aun la rica en dote
Manda en su esposo, ni en galanes fía.

Que allí son el gran dote de la esposa
La virtud de sus padres, y la cierta
Jurada fe, que tiembla de hombre extraño.

No hay adúltero engaño,
Ó su precio es la muerte.... ¡oh! si alguien osa
Querer que Padre en bronces se le llame,
Por librarnos de escándalos y horrores,
Audaz reprima la licencia infame,
Y otra, si no su edad, le alzaré honores.

¡ Oh mengua! Odiamos la virtud presente,
La odiamos por envidia; mas tan pronto
Como desapareció de nuestra vista,
Su ausencia nos contrista.

¿ Qué vale el sandio querellar doliente,
Si hiriendo á los malvados, no se corta
Con el castigo el árbol del delito?
El sabio texto de la ley, ¿ qué importa,
Si vivo en las costumbres no anda escrito?

¿ A qué la ley, si ni la térrea zona
Que férvidos calores siempre ciñen,
Ni la inmediata al Aquilón, ni el hielo

Que rígido arma el suelo,
Tuercen al mercadante? ¿ No blasona
De vencedor del piélagos el marino?
La pobreza, tenida en grande afrenta,
Urge á osar y hacer todo, y del camino
Arduo de la virtud al hombre ahuyenta.

¡ Mas no, no siempre así! Vamos al punto
Al Capitolio, do instador nos llama
El popular aplauso al sacrificio;
Ó esta fuente del vicio,

Este de todo mal perenne asunto,
Inútil oro, y mármoles radiantes,
Y piedras que preciosas hizo el necio,
De una vez á las olas no distantes
Del hondo mar, lancemos con desprecio:

Si hay por tanta maldad pesar sincero,
Probémoslo, arrancando de raíces
La codicia perversa y corruptora;

Y eduque desde ahora
Más viril ejercicio y más severo
Nuestros endeblez ánimos. — ¿Qué extraño
Que el noble niño á cabalgar no acierte,
Y huya la caza, y sólo guste hogaño
Del troco y juego ilícito de suerte?

Su avaro genitor en tanto emplea
Deslealtad perjura en vil estafa
Contra el consocio, el huésped, el amigo,
Y cual triste mendigo

Viviendo acaso, una fortuna crea
Que aventará más tarde el hijo loco;
Cuéntala el padre en incesante aumento,
Pero por más que apila, *Esto es muy poco*,
Murmura sin cesar su gesto hambriento.»

El Sr. Pombo se propone publicar un *Horacio bogotano*.

REPÚBLICA DEL ECUADOR.

a) Ante todo debe citarse á Olmedo (el cantor de Junín), que tuvo más que ningún otro poeta americano, el *Os magna sonaturum*. Hay de él una traducción de la oda *Oh navis*, inserta en la

primera *América Poética* (Valparaíso, 1846), página 649.

« ¡ Oh nave! ¿ dónde vas? ¿ No te amedrentan
Las nuevas olas que á la mar te impelen?... »

Con ser tan breve, nótese en ella una mala inteligencia del sentido, que ya notaron y censuraron los hermanos Amunáteguis:

« ¿ Y pondrá en vano el tímido piloto
En la pintada nave su esperanza?... »

Horacio dice precisamente lo contrario:

« Nil pictis timidus navita puppibus
Credít..... »

b) En los *Anales* de la Universidad de Quito de este año, hay una traducción de la oda *Quem tu Melpomene*, por D. Quintiliano Sánchez, poeta ecuatoriano.

PERÚ.

En el *Parnaso peruano*, colección hecha por José Toribio Polo, con el retrato y biografía de los poetas nacionales (Lima, imp. de *La Época*, 1862), tomo 1, se citan traducciones de Horacio hechas por el presbítero D. Bernardino Ruíz, de quien hay poesías castellanas originales, y algunas latinas, en el tomo.

Las traducciones se ofrecen para un apéndice, que no llegó á publicarse, ó que, á lo menos, no ha llegado á las manos del Sr. Caro, de quien es

:

esta noticia. El presbítero Ruíz nació en Lima en 1765, y murió en 1819. Escribió en *El Mercurio Peruano*, en *La Minerva* y *El Investigador*. En prosa publicó el *Ramalazo* y el *Aprendiz*.

El Mercurio Peruano, núm. 14, de 17 de Febrero de 1791, registra una «traducción de la oda 24.^a del libro III de los versos de Horacio,» por D. Bernardino Ruíz.

Es una silva de cerca de 120 versos.

Principia así:

« Si de bienes colmado
 Tan opulento fueras,
 Que á la India en riqueza aventajaras,
 Y también excedieras
 El inmenso tesoro que en su seno
 La Arabia deposita, aún no tocado
 Del romano poder; y aunque erigieras
 Tan grandes edificios que poblaras
 Todos los mares Pónico y Tirreno;
 Si la muerte feroz é inevitable
 En el monte más alto
 Sus clavos atraviesa,
 Que imitan del diamante la dureza,
 ¿ Lograrías acaso
 Tu espíritu librar del sobresalto
 Que su memoria excita,
 Ó librar tu garganta de su lazo?

 Imaginamos
 Que la virtud presente desmerece,
 Y ansiosos la buscamos
 Cuando de nuestra vista desaparece.»

CHILE.

D. Salvador Sanfuentes (nació en 1817, y murió en 1860), autor del célebre poema joco-serio *El Campanario*, escritor fecundísimo, y decano que fué de la facultad de Filosofía de la Universidad de Santiago de Chile, ha dejado una mediana traducción del *Otium Divos*, en estrofas de Francisco de la Torre:

« El que surca las ondas de los mares,
 Pide al cielo quietud, cuando el nublado
 La luna oculta, ó la brillante estrella
 Que guía al navegante.... »

Puede verse en la *América Poética* de Cortés (pág. 50).

REPÚBLICA ARGENTINA.

a) Como traductor en verso únicamente puede citarse á Juan Cruz Varela (nacido en Buenos Aires en 1794, muerto en 1839), de quien dice Gutiérrez, en la *América Poética* (pág. 797), que « dejó traducidas las odas de Horacio en su mayor parte.» No sé que se hayan impreso. Varela era poeta de la antigua escuela clásica, pero de pocos alientos.

b) En el *Catálogo de los libros didácticos que se han publicado en Buenos Aires desde 1790 hasta*

1867 inclusive (por D. Juan María Gutiérrez), encuentro anotadas las versiones siguientes:

Arte poética de Horacio en prosa latina. Q. Horat. Flacci. *Ars poetica in usum juventutis soluta oratione digesta, cum praefatione et notis quibusdam hispanice exaratis et ad calcem adjectis.* Auctore, J. M. Larsén. Buenos Aires, imprenta de La Revista, 1858, 8.º, 32 páginas.

Arte poética de Quinto Horacio Flacco. Vertido en prosa al alcance de los niños, por D. J. M. Larsén. Imprenta de La Revista, 1858, 8.º, 16 páginas.

Odas de Quinto Horacio Flacco. Libro I, traducido por Juan Mariano Larsén, miembro del Instituto histórico, profesor en la Universidad, director del colegio Liceo del Plata. Con la vida de Horacio. Buenos Aires, imprenta de Mayo, 1860, 8.º, 53 páginas.

El mismo libro; edición del original latino. *Ibid.*, 8.º, 69 páginas.

Odas de Horacio. Libro IV. Traducido por el Padre Policarpo Segovia. Dedicado á la juventud, 8.º, 31 páginas. (Sin nombre de imprenta.)

Versión literal de las odas de Horacio al idioma español. Libro III. Buenos Aires, Julio 20, del año del Señor 1861, 8.º, 28 páginas.

Arte poética de Q. Horacio Flacco, vertida al alcance de los niños, por D. J. M. Larsén. Segunda edición, revisada y corregida. Imprenta

de Coni, 12.º, 30 páginas. Q. Hor. Fl. *Carm. Libri IV, et epistola ad Pisones....* Curavit J. M. Larsén.

URUGUAY.

En el *Parnaso Oriental, ó Guirnalda Poética de la República Uruguay, Montevideo, imprenta de La Libertad, 1835,* se leen las siguientes traducciones de Horacio, hechas por D. Francisco Acuña de Figueroa.

Tomo I, pág. 212, *Canción secular:*

« ¡ Oh refulgente Febo! ¡ oh casta Diana
De las selvas señora!... »

Tomo II, pág. 95, oda 1.ª, *Maecenas atavis:*

« Mecenas ilustre,
De reyes nacido... »

14.ª, lib. III, *Herculis modo ritu:*

« El César, de Alcides
Digno imitador... »

Epodon, VII: Quó, quó scelestis ruitis:

« ¿ Adónde, adónde os despeñáis impíos?
¿ Por qué el hierro empuñáis antes guardado? »

Esto, por lo que toca á las repúblicas independientes.

De nuestra isla de Cuba, sólo conozco ó recuerdo una traducción del *Rectius vives, Licini,* publicada en *La Opinión Nacional,* de Caracas

(Mayo 31 de 1879), por D. Juan Ignacio Armas,
escritor habanero avecindado allí:

« Vivirás más seguro,
Licinio, si no afrontas las alturas
Del ronco mar undoso,
Y si al lucir la tempestad, procuras
Nunca acercar la quilla
Al rudo escollo de engañosa orilla. »

El Sr. Armas escribe mejor en prosa que en verso, y logró cierta celebridad por haber sostenido con el caraqueño D. Aristides Rojas una polémica, sobre si Andrés Bello hizo ó no papel de delator en 1810.



TRADUCTORES PORTUGUESES

DE

HORACIO

I.

EN los siglos XVI y XVII no fué tan considerable el número de intérpretes de Horacio en Portugal como en Castilla. Húbolos, sin embargo, en bastante número, y llevó honrosamente su tributo la erudición de los latinistas lusitanos al acervo común de la ciencia española.

Nombraré ante todo á Antonio Ferreira, de quien he de hacer luego más larga memoria, como que fué poeta horaciano, el más antiguo y uno de los más notables de aquella literatura. Ahora sólo he de advertir que algunas de sus odas, aunque aplicadas á asuntos modernos, son, más que imitaciones, traducciones de Horacio. Acontece esto, sobre todo, en la 6.^a del libro I,